



va sublimis...
 ...
 ...
 ...
 ...

CAPITULO XI.

LA MUERTE DE JESÚS.—SU SEPULTURA.

El suplicio de la cruz era desconocido en la ley judía. Ella ordenaba, solamente para los grandes crímenes, la suspensión de los cadáveres en la horca. El Judío no crucifica: lapida. Uno de los últimos Asmoneanos, Alejandro Janneo, sólo él, ordenó la crucifixión y sólo contra los prisioneros.¹ Pero se le halla en uso entre todos los pueblos antiguos, Egipcios,² Persas,³ Fenicios y Cartagineses, Griegos y Romanos. Estos últimos atravesaban con la espada al ciudadano condenado á morir; ellos crucificaban á los esclavos,⁴ á los amotinados, á los grandes criminales. En las provincias del Imperio, la cruz era el género de suplicio que aplicaban los prefectos y los gobernadores. En Siria y en Judea, los Judíos han sido crucificados á millares.⁵

La cruz les aterrorizaba; ella había parado en proverbio co-

¹ Bell., Jud., I, 4, 6.

² Gen., XI, 19.

³ Esth., VII, 10.

⁴ Cic. C. Verr., 5, 6; Juven., 6, 4; Val. Max., 2, 7, 12.

⁵ Antig., Jud., XVIII, 10, 10.

mo el emblema del sufrimiento y de la ignominia. El paciente vivía largo tiempo: un día, algunas veces dos; él estaba desnudo, atado ó clavado por los cuatro miembros al suplicio,— dos troncos de árboles cruzados ordinariamente en forma de T. Todo el cuerpo, violentamente estirado, estaba suspendido por las manos, cuyas llagas vivas se desgarraban y se alargaban por el peso. La sangre corría poco á poco de las llagas de los clavos. Inmóvil, devorado de fiebre y de una sed abrasadora, teniendo la conciencia de sí mismo, el crucificado se veía lentamente morir. Algunas veces era preciso acabarle; y el verdugo le rompía las piernas. La multitud insultante asistía á su agonía, y podía saciarse con sus gritos, con sus angustias. La crueldad del hombre no ha inventado nada más horrible, ese suplicio unido á la atrocidad, la lentitud y la infamia.

Los Judíos le pidieron, para Jesús, á Pilatos. El odio que les inspiraba este grito: ¡Crucifícadle! no podía saciarse mejor.

Estaba escrito que el hombre de dolor moriría sobre una cruz.

Los soldados quitaron á Jesús el manto de púrpura con el que le habían vestido,¹ y le revistieron con sus vestidos.

El condenado bajó la escalera del pretorio, y siguiendo la costumbre, fué cargado de su cruz.

Dos facinerosos caminaban con él para sufrir el mismo suplicio. ¿Pilatos quiso lanzar á los Judíos una última injuria, dando esos dos compañeros de infortunio á aquel á quien ellos acusaban odiosamente de proclamarse su Rey? Vale más ver en ellos el cumplimiento de los designios de la Providencia. La cólera divina está desencadenada sobre Jesús. Todo se reunió para agravar la vergüenza de su muerte. El Hijo muy amado del Padre se ha convertido en la víctima de los pecados de la humanidad: él es tratado sin piedad.

Desde la mañana, la noticia de la sentencia y de la condenación debió haberse esparcido: los discípulos, los amigos del

¹ Mat., XXVII, 31; Marc., XV, 20.

Maestro habían podido seguir las peripecias sangrientas del drama. La multitud se estrechaba en los contornos del pretorio. El cortejo lúgubre se puso en marcha; los soldados, armados de sus lanzas y mandados por un centurión, escoltaban á los condenados.

El camino que conduce al Calvario está poco después de lo que los cristianos de Jerusalem llaman hoy la Vía dolorosa; atraviesa toda la ciudad inferior en donde el Acra franquea la calle Baja que Josefo llama el valle de Tyropeon y que separa al Acra del Gareb, y se eleva en pendiente bastante dura, hasta la puerta de Efraim.¹

Desde que Jesús hubo dado algunos pasos, sucumbió bajo la carga. Entre la multitud que había acudido al paso de los condenados, apercibió á su madre. Entre la madre y el hijo, no hubo más que un cambio de mirada.

Un poco después, un cierto Simón de Cyrene, regresando del campo y encontrando al cortejo, fué detenido por los soldados encargados de la ejecución, y obligado á llevar la cruz de Jesús.² Es probable que el Señor, agotado por el suplicio de la flagelación, desfalleciere en el camino. Se puede también pensar que el Lybiano había manifestado valerosamente su simpatía por el condenado, y que invitado por los guardias á ayudar á Jesús, no vaciló en tomar sobre sus espaldas el pesado suplicio.³

El recuerdo de este hombre, impensadamente asociado al

¹ El recinto de Jerusalem en este lugar forma un ángulo sacentrante: uno de los lados partía de la torre de Hippicos y descendía en línea recta, del Oeste al Este, hasta la puerta de Gennath; el otro lado partía de la puerta de Gennath y se dirigía en pleno Norte.

Ahí, en ese espacio triangular, á veinte pasos de las murallas, es en donde se hallaba el lugar del suplicio. Se le llamaba "Lugar de la Calavera," Calvario; en hebreo Golgotha, por causa de un montecillo desnudo, de forma redondeada, que asemejaba á un cráneo.

La ruta de Samaria pasaba muy próxima, en medio de jardines sembrados de olivos, y en los cuales las familias ricas cavaban tumbas.

² Mat., XXVII, 32 y parall.

³ Si un soldado romano te impone una carga, no resistas ni murmures, si no serás moído á palos. (Arr., IV, 1.)

suplicio del Salvador, ha quedado bendito. La cruz que llevó un instante, le salvó á él y á los suyos. El llegó á ser con su mujer y sus dos hijos, Rufo y Alejandro, un discípulo fiel y venerado.¹

Una mujer debe ser nombrada aquí, aun cuando los Evangelios no hayan hablado de ella; pero la familia cristiana tiene el culto de su memoria; ésta es Verónica.

Al ver pasar á Jesús delante de su casa, con la frente cubierta de polvo y de sangre, se acercó, y con desprecio de todos los que la insultaban, ella enjugó su rostro con un velo. Ella es, con Simón el Lyviano, el tipo de aquellos que tienen el valor de la compasión hacia los seres abandonados, vilipendiados por todos, como lo fué Jesús.

Avanzando hacia el Calvario, escuchábase detrás de los condenados llantos y lamentos. Una inmensa piedad se levantó en la multitud, sobre todo, de parte de las mujeres. Jesús se volvió á ellas:

—"Hijas de Jerusalem, no lloréis por mí. Llorad por vosotros y por vuestros hijos! Ved los días en los que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no engendraron, los pechos que no dieron de mamar! Entonces ellos clamarán á los montes: ¡Caed sobre nosotros! y á las colinas: ¡Cubridnos!

"Porque si así se trata al leño verde, ¿qué se hará con el leño seco?"²

Jesús se olvida de sí mismo. El vuelve piedad por piedad. En el abatimiento que ya le ha destrozado, piensa en ese pueblo, de quien es la víctima y que va á entregarle á la muerte. Profetiza las calamidades próximas, espantosas. El leño verde y viviente, es él mismo; el leño seco y muerto, la nación que le rechaza. Si el inocente, acusado falsamente de blasfemo y de rebelión contra la autoridad pagana, es tratado de esta manera, ¿cómo lo será ese pueblo criminal y rebelde que inten-

¹ Rom., XVI, 13.

² Luc., XXIII, 27 y sig.

tará romper el yugo y quien hallará su destrucción bajo el fierro y el fuego de los Romanos? Estas son las venganzas de Dios: nadie las conjurará. Sólo uno lo podría, y es ese mismo á quien esa raza cegada por el odio va á matar.

Se llegó al Calvario.

Las tres cruces fueron levantadas. Antes de clavar en ellas á los condenados, se les presentó la bebida que aturdiría, el calmante que se daba á los que iban á morir. Esta era vino aromatizado, mezclado de incienso y myrra, de un gusto ácido y amargo. Jesús acercó sus labios al brebaje, como para reconocer la atención de los que le ofrecían, pero no quiso beber; le convenía sufrir con pleno conocimiento toda la atrocidad del suplicio.

La distancia del pretorio al Calvario es apenas de mil pasos; el camino doloroso había sido recorrido en menos de una hora.

A eso de las doce, á la hora sexta, Jesús fué crucificado; y con él los dos ladrones: el uno á su derecha, el otro á su izquierda.

El estaba en medio de ellos.

Elevado en la cruz, oró por sus verdugos. Su primera palabra es una palabra de perdón. El dijo: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen."

El crucificado es la gran prenda de la misericordia. El hace la paz entre el hombre y Dios. El les reconcilia en él. En el fondo de todo pecado humano, hay ignorancia. El hombre no sabe y no ve; por esto, muy á menudo, su corazón es malo. La debilidad, el extravío de la voluntad, tienen una primera causa en el extravío del espíritu. Si Jesús hubiera sido conocido, jamás hubiera sido crucificado. El invoca esta ignorancia como una excusa, en favor del más grande de los crímenes.

Cualesquier crimen que él haya cometido, el hombre en lo de

¹ Ciertos autores, Langen, entre otros, han hecho observar que los naturalistas antiguos, Dioscorides y Galenus, atribuían al incienso y á la myrra una influencia calmante.

adelante puede mirar á Cristo; él le escuchará exclamar: "Padre, perdónalos; porque ellos no saben lo que hacen." Esta oración es para todos, porque todos hemos sufrido. Ella envuelve al mundo con una inmensa misericordia. Las víctimas han aprendido á no maldecir, y á morir con Cristo perdonando y bendiciendo.

Cuando los condenados eran levantados en la cruz, después de ese trabajo afrentoso de la crucifixión, los ejecutores fijaban en el mismo suplicio, y encima de la cabeza del ajusticiado, un rótulo indicando el crimen. Esta era la costumbre romana. El de Jesús contenía estas sencillas palabras: "Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos," escritas en tres lenguas: en hebreo, la lengua nacional; en griego, la lengua universal entonces; y en latín, la lengua de los maestros. Todos podían leer el nombre y el crimen de Jesús. Irónico hasta el fin para con aquellos que le habían arrancado la condenación del Profeta, Pilatos les estigmatizó una última vez, proclamando á Jesús su Rey, ejecutando de esta manera, sin quererlo y sin saberlo, las voluntades misteriosas de Dios sobre su Hijo. Rey de los Judíos, lo era en efecto, no en el sentido de Pilatos, sino por esta cruz en la que moría, y por su sangre que corría de sus miembros traspasados. Los verdaderos Judíos, los verdaderos hijos de Abraham, lo han reconocido, desde entonces, en el mundo entero, por su Salvador y su Señor; y por su suplicio fué como conquistó el reinado.

Cuando los Judíos, reunidos en multitud en torno del Calvario, pudieron apercibir á su víctima, y sobre su cabeza el rótulo que le titulaba su Rey, ellos comprendieron la injuria de Pilatos, y se indignaron.

Los pontífices presentes en el lugar del suplicio quisieron modificar la inscripción que les chocaba. Ellos enviaron á Pi-

¹ El mismo condenado la llevaba yendo al suplicio.

² Juan, XIX, 19 y sig. Cf. Luc., XXIII, 38; Marc., XV, 25; Mat., XXVII, 37.

latos, diciendo:—No escribáis Rey de los Judíos; escribid que él mismo dijo:—Yo soy el Rey de los Judíos.

El gobernador, cuya debilidad ellos habían explotado, la pusilanimidad, la cobardía, fué inflexible. El sabía serlo en caso necesario, y hasta la crueldad, contra ese pueblo vencido é intratable; por lo que es más inexcusable de haberle entregado á Jesús. El respondió desdefioso:—Lo que he escrito, he escrito.

Durante ese tiempo, los ejecutores, al pie de la cruz, se dividían los vestidos de los suplicados. La ley romana "*De bonis damnatorum*" se los adjudicaba. Los cuatro verdugos de Jesús tomaron pues sus vestidos el taled, el cinturón, el manto, la túnica, el calzado. Dividieron el manto en cuatro partes, pero para la túnica,—como ella era sin costura, de un sólo tejido, de arriba á abajo,—se dijeron:—No la desgarraremos; echemos suerte á quien le toque.

Y lo hicieron como lo dijeron; después habiéndose sentado cerca de la cruz, guardaban á las víctimas.

Esos soldados no saben que ellos son, como Pilatos, los instrumentos de Dios y que ellos dan cumplimiento á la palabra de un profeta, respecto á Jesús: Ellos se dividieron mis vestiduras y echaron en suerte mi túnica.

La multitud miraba. Los pasantes insultaban á Jesús, sacudiendo la cabeza, y le blasfemaban. Ellos le provocaban con una ironía sin piedad.—Vamos, declan, tú que destruyes el Templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate; si tú eres el Hijo de Dios baja de la cruz.

Reconócese la voz de los falsos testigos que le habían actuado en la casa de Kaifás. Esas gentes de baja condición siempre tienen la crueldad grosera, brutal, cobarde. Mientras que

1 Mat., XXVII, 35 y sig., y paral.; Juan, XIX, 23, 24.

2 Velo con que los Judíos se cubren la cabeza en la Synagoga.

3 Salm., XXI, 19.

aquel á quien persiguen está más abatido é impotente, más son ellos provocantes y odiosos. Pero los jefes tampoco rehúsan la alegría horrible del odio saciado. Pontífices, Escribas y Ancianos mezclan su ironía y sus insultos con la voz de sus criados. Ellos se hablan entre sí; ellos ponían en irrisión al taumaturgo, al pretendido Mesías, al Hijo de Dios, á su bondad para con los hombres; á su fe en su Padre.

—El que ha salvado á los demás, decían, no puede salvarse á sí mismo. Si él es el Ungido de Dios, que se libre, que baje de la cruz. Que veamos su potestad, y creeremos en él.

El ha tenido fe en Dios; que Dios le salve si él le ama; por que él dijo: "Yo soy el Hijo de Dios."

Esos jueces, quienes han condenado y llevado á la muerte á Jesús, no tienen ni el pudor de su triunfo brutal; ellos le insultan hasta en el suplicio.

Esto es como un contagio de odio y de ultraje en torno de la víctima.

Los soldados romanos se mofan, hacen una alusión á la inscripción fijada encima de su cabeza.—Si tú eres el Rey de los Judíos, declan, sálvate. Y llenando una copa de su brebe bajen ellos le dan á beber.

En fin, uno de los dos malhechores crucificados con Jesús agregó una blasfemia á todas las demás:—Si tú eres el Cristo, decla sálvate á ti y á nosotros contigo.

Pero el otro le replicó:—¿Tú no temes á Dios, tampoco tú que sufres el mismo castigo? Y con respecto á nosotros, él es justo, porque nosotros recibimos lo que merecen nuestras acciones; pero él no ha hecho mal alguno.

Concíbese que el alma de este ajusticiado está conquistada para Jesús. Ella se arrepiente, ella cree. Todos aquellos que Jesús toca entran en el arrepentimiento y en la fe. Su dulzura, su

1 Mat., XXVII, 41 y sig.; Marc., XV, 31.

2 Luc., XXIII, 36.

3 Mat., XXV, 44; Marc., XV, 32; Luc., XXIII, 39 y sig.

calma, su oración de perdón, esa palabra de Padre que él decía á Dios con un acento inimitable, han iluminado al criminal: ¿Quién conoce el misterio de las conciencias, y las vías ocultas del amor de Dios para salvarlas? Ese criminal halló la vida en un patíbulo, pero al lado del Salvador.

—Acordáos de mí, dijo el ladrón á Jesús, cuando os viéreis en vuestro Reino.

El presintió el título de Rey por el que Jesús murió. Su confianza le valió una de las palabras más consoladoras que han salido de los labios del Crucificado.

—En verdad yo te digo, hoy mismo te verás conmigo en el Paraíso.

Entonces pasó una escena conmovedora referida por uno de aquellos que estaban presentes, y que desempeña uno de los papeles principales.

En esta multitud indiferente, curiosa, hostil, reunida en torno de los condenados, los parientes de Jesús, sus discípulos, sus compatriotas de Galilea y las mujeres que le habían seguido, estaban mezclados. Su misma madre ahí estaba. Ahora bien, en este momento ella se acercó á la cruz con Juan, con la otra María, su cuñada, la mujer de Cleofas, y María Magdalena. Jesús los vió de pie, á sus pies: él apercibió, al lado de su madre al discípulo amado. El dijo á su madre: "Mujer, he aquí á tu hijo," y en seguida á Juan: "He aquí á tu madre."

Hasta su último aliento, él se olvida y consuela: á su amigo le da una madre, á su madre le da un hijo. Pero esta no es solamente la última palabra del hijo velando por el porvenir de aquella á quien Jesús va á dejar para siempre y del amigo al amigo. Las palabras detienen un alcance más alto. El discípulo ama-

1. La palabra "Paraíso", proviene del persa y significa en su lengua de origen "Parque," en hebreo "Pardis," ella tiene el sentido de "jardín real." (Cant., IV, 13; Ecles., II, 5.) El *parádeiso* de los Setenta, es el jardín del Edén, Gran-Edén; y él designa en su sentido alegórico, el lugar del cielo en donde estarán recogidas las almas justas. Esta es la interpretación de los Talmudes y de los comentaristas. (Chag., fol. 14, 2. Mishnah, Tilm., fol. 2, 3.) Cf. Ligout, *Horre hebrai.* et talmud., p. 890 (ed. Leipzig).

2 Juan, XIX, 25-27.

do es, á sus ojos, la Iglesia entera, la asamblea de sus fieles, de sus amigos. Cuando él dijo á su madre: "He aquí á tu hijo, crió en ella una maternidad divina; él la asocia á la obra de la Redención. Al inmolarse á la voluntad de Dios, quien le pedía el sacrificio de su hijo, esta mujer heroica, sin igual en la humanidad, llegó á ser uno de los actores de la salvación universal. Ella continúa su obra invisiblemente por su acción maternal en la Iglesia. Todos los que siguen á Jesús, son para ella hijos; y los que aman á Jesús, imitando á Juan, la reciben como á su madre.

Poco después las tinieblas comenzaron á cubrir la tierra. El sol se oscureció.

Como á las tres, Jesús en la cruz lanzó un gran grito.

Dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Esto no es la desesperación, es la suprema angustia.

Entre Jesús y su Padre, el lazo es indisoluble: ellos no forman más que uno; el Padre no puede abandonar al alma de su Hijo, como la conciencia de Jesús no puede cerrarse al amor del Padre. Pero estaba en los designios de Dios entregar á su Hijo, sin defensa, á todos los ultrajes, á todos los tormentos, á todos los golpes del odio de sus enemigos. En medio de este diluvio de amargura en el que estaba inundado, parece que por una voluntad secreta de Dios, y á fin de que la Víctima del Calvario apurase todo el cáliz de los dolores humanos, Jesús no sintió más la alegría de su unión con su Padre. La unión no estaba rota, no podía serlo; él tenía la conciencia, pero no el goce dichoso: de ahí ese grito punzador: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?"

Este es el principio de un salmo lleno de quejas de las que sólo Jesús conoció y saboreó toda la angustia y que revelan proféticamente el horror de su suplicio:

—"Y yo, yo soy un gusano de tierra y no un hombre,

1 Mat., XXVII, 45; Marc., XV, 33; Luc., XXIII, 44.

2 Mat., XXVII, 46; Marc., XV, 34.

“El oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo.
“Todo el que me ve, ríe con desprecio.

“Numerosos toros están en torno mío,
“Los toros de Basán me rodean,

“Ellos abren contra mí su boca,
“Serreñantes al león que desgarrar y ruger,

“Yo soy como el agua que corre,
“Y todos mis huesos se descoyuntan,

“Mi corazón, como la cera, se funde en mis entrañas,
“Mi saba se seca como la artilla,

“Y mi lengua se pega á mi paladar.
“Tú me reduces al polvo de la muerte,

“Porque los perros me rodean,
“Una banda de malvados giran en torno mío,

“Ellos traspasaron mis manos y mis pies;
“Yo podré contar todos mis huesos,

“Ellos observan, me miran,
“Ellos se dividen mis vestidos,

“Ellos juegan á la suerte mi túnica,
“Y tú, Eterno, no te alejes.

“Tú que eres mi fuerza, ven pronto á mi socorro.”

El grito de Jesús: “Eloi, Eloi,” fué acogido con un sarcasmo.—Tomad, decían los espectadores, él llama á Elias.

Ese tormento horrible de los crucificados que devoraba el fuego de la fiebre arrancó una queja á Jesús.

—“Tengo sed,” dijo.¹

Ahora, ahí había, según la costumbre, cerca de las víctimas, un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados acudió, tomó

¹ Salm., XXI; Traducción inédita del hebreo, por el Rev. Padre Scheil, de los Hermanos Predicadores.

² Este error pruebo que, entre los peregrinos que afluyen á Jerusalem para la Pascua, algunos extranjeros griegos ó romanos no entendían ni el hebreo, ni el arameo, ni el syro-caldeo.

³ Juan, XIX, 28. Cf. Mat., XXVII, 48, 49; Marc., XV, 30.

una esponja que empapó en vinagre, le colocó en la punta de una caña de hisopo y la presentó á sus labios:—Dejad, decía, vamos á ver si Elias vendrá á libertarle.

Jesús aceptó el vinagre y dijo: “Todo está consumado.”

El cáliz que él debía beber fué apurado hasta las heces. El había tocado el fondo de este abismo espantoso en el que la voluntad de su Padre le había precipitado. El había sufrido todo y expiado todo. El sufrimiento era sin límites, la víctima perfecta, la satisfacción infinita. La cólera de Dios contra el mal estaba calmada; el pecado, destruido; la reconciliación entre el hombre y Dios sellada, en él con un amor sin límites.

Entonces él lanzó con fuerza un segundo, un último gemido.

El hombre que va á morir desfallece y sufre la muerte: Jesús es el Señor. El la deja cumplir su obra, entregando su vida en la plenitud de su libertad y de su soberanía, como él la volverá á tomar.

—“Padre,” dijo, “en tus manos encomiendo mi espíritu.” E inclinó la cabeza y rindió el espíritu.

Era la hora nona.

Las tinieblas, como en tiempo de eclipse de sol, se habían condensado.

El gran velo del Templo que cerraba la entrada del Santo de los santos se desgarró en dos, de arriba á abajo. La tierra tembló y las rocas se abrieron. Las tumbas se abrían solas y los cadáveres de los justos que allí reposaban se levantaron. Estos fenómenos prodigiosos, de los que la Palestina y la Judea únicamente fueron testigos, revelan el lazo poderoso que une á Jesús con la naturaleza, con el cielo, con la tierra y con la humanidad.

¹ Juan, XIX, 30.

² Luc., XXIII, 46.

³ Según nuestra manera de contar, tres de la tarde.

⁴ Mat., XXVII, 51; Marc., XV, 38.

El sol velándose, la tierra sacudiéndose, se asocian á la tristeza de esta hora lúgubre. La muerte del Crucificado es á la vez el fin y el comienzo de un mundo. El viejo mundo está vencido; el nuevo va á aparecer. Este velo sagrado que ocultaba la morada impenetrable de Dios, fué desgarrado. El mosaísmo, la Ley elemental, como le llamó San Pablo, está invalidada. El Templo está destruido.

La Víctima que acaba de espirar nos introducirá por su sangre en el verdadero Santo de los santos, del que el otro no era sino la figura. Hasta los muertos escucharon su voz; y la vida que fluirá después de ella todo lo invadirá; las tumbas serán abiertas, y los que en ellas duermen se despertarán.

En el momento mismo en el que esas señales celestes se produjeron, una especie de espanto se apoderó de esta multitud que había asistido al suplicio y de la que hemos recogido los gritos, las injurias, las burlas. Ella se dispersó aterrorizada, y muchos al irse, se golpeaban el pecho.

El temblor de tierra, esa noche súbita y extraña, esas rocas que se hundían, el gran gemido lanzado por Jesús al morir, habían profundamente impresionado al centurión y á los soldados que custodiaban á Jesús. Estos paganos fueron tocados en su conciencia. Su alma se abrió como las tumbas, y se estrelló como las rocas de las que ella tenía, un momento con la dureza. El centurión en frente de la cruz, glorificó á Dios:—Este hombre, dijo, era justo y verdaderamente Hijo de Dios.

Era la justicia que hablaba por la boca de ese romano. La muerte de Jesús comienza ya su gloria y atrae todo á él. Es un pagano quien, el primero, iluminado por ella, confiesa su divinidad. El acento con el que Jesús llamó á Dios, Padre, le penetró. El cree en el Crucificado y dice:—Sí, éste es el Hijo de Dios.

1 Galat., 4, 3.

2 Luc., XXIII, 48.

3 Mat., XXVII, 54; Marc., XV, 39; Luc., XXIII, 47.

Mientras que la multitud se retiraba, un grupo permaneció inmóvil y atento, á alguna distancia de la cruz en la que Jesús acaba de espirar; estos eran sus amigos, y en particular las mujeres numerosas que le habían seguido desde la Galilea, y que ponían á su servicio su adhesión y sus bienes.

Notábase entre ellas á María Magdalena y á María, la madre de Santiago el Menor y de José, y á Salomé, la madre de los dos hijos del Zebedeo. Mudas de dolor, ellas miraban, ellas esperaban.

El sábado se preparaba. Los Judíos, no queriendo que los cuerpos permaneciesen en la cruz durante el día santo, pidieron á Pilatos que rompiesen las piernas de los crucificados y que se les quitase.

Los Romanos dejaban de ordinario los cadáveres en la cruz; ellos eran la presa de los animales. La ley judía exigía que ellos desaparecieran antes de la puesta del sol, á fin de que la tierra santa no fuese manchada por la maldición unida al cadáver.

Sin embargo, el "Crurifagium," estaba en uso entre los Romanos, para casos excepcionales; esto explica á la vez la petición de los Judíos y la respuesta de Pilatos.

Los soldados llegaron entonces; rompieron las piernas del primero, en seguida la del otro que había sido crucificado con Jesús; y viendo ya á Jesús muerto, no le rompieron las piernas. Pero uno de ellos le abrió el costado con una lanzada, é inmediatamente salió de él sangre y agua.

Juan, quien solo refiere este hecho prodigioso, fué el testigo. "El le vió, dijo, y él da testimonio, y él atestigua que su testimonio es verdadero."

La lanzada del soldado fué un último insulto al cuerpo inanimado de Jesús. Pero su corazón abierto es una prueba irrefutable de la muerte de Jesús: él realiza una profecía que mostraba á los Judíos al Mesías agujerado por una lanza, y cua-

1 Deut., XXI, 23; Bell, Jud., IV, 5, 2.

2 Juan, XIX, 33 y sig.

3 Juan, XIX, 35.

dra bien á aquel cuyo amor ha salvado al mundo. La sangre y el agua que brotaron son los símbolos de los más grandes misterios. El Génesis refiere que, de los costados del Adán dormido, Jehovah sacó á Eva, la madre de los vivientes; el verdadero Adán dormido es Jesús en su cruz; de su corazón entreabierto ha salido la Iglesia, la verdadera Madre que engendra á Dios todos los vivientes por el agua del bautismo y por la sangre de la Eucaristía.

Los condenados del Sanhedrín debían ser sepultados sin honor. No se les lloraba, no se les reunía con las cenizas de sus abuelos en la tumba de familia. Se les llevaba al sepulcro reservado oficialmente á los suplicados.¹ Algunas veces, sin embargo, con motivo de una fiesta, eran entregados á sus parientes,² quienes debían darles una sepultura sin ostentación.

Pero los amigos de Jesús no le olvidan en la muerte.

Habla entre ellos, uno sobre todos que se señaló en esta hora de duelo.

El era rico, miembro del Sanhedrín, originario de Judea y de la pequeña ciudad de Arimathea. Se llamaba José. Era bueno y justo. El espera el Reino de Dios. El era discípulo oculto de Jesús. El no había intervenido para nada en los últimos consejos y en los actos de la alta asamblea.

Con un valor que nada temía, se dirigió á Pilatos y le pidió que le autorizara quitar el cuerpo de Jesús á fin de sepultarle.

El gobernador se admiró de que hubiera muerto tan pronto. Se aseguró por el centurión y dió el cuerpo á José.

Inmediatamente, José compró el sudario y llegó al Calvario con otro discípulo secreto de Jesús, Nicodemus. Este llevó una mezcla de myrra y de aloe, como cien libras.

Ellos desprendieron el cuerpo de Jesús de la cruz y le embalsamaron, según la costumbre. Se le envolvió en el sudario

¹ Sanhedr., c. VI, Hal. 5.

² Philon, in Flav., § 10.

³ Mat., XXVII, 57 y paral.

empapado de un líquido aromático y perfumado; después, se liaron sus miembros con vendas también empapadas con la mezcla de myrra y de aloe. La cabeza fué cubierta con un sudario enrollado que ocultó el rostro.

Ahora José de Arimathea poseía muy cerca del Calvario en donde Jesús acababa de ser crucificado, un jardín. Allí había hecho cavar, en la roca viva, una tumba en donde ninguno hasta entonces había sido sepultado. Como la mayor parte de los sepulcros judíos, que aún hoy se pueden ver, se componía de dos grutas: la primera servía de cámara funeraria en donde los parientes venían á llorar; en la segunda se depositaban los cadáveres. El sepulcro propiamente dicho, era una camilla ligeramente escavada, tallada en la roca y sobremontada en una pequeña arçada.

El cuerpo de Jesús allí fué colocado. El sol se ponía, y con la puesta del sol, el sábadó iba á comenzar.

Una gran piedra en forma de muela, rodando de una ranura de la roca, servía de puerta de entrada al monumento sepulcral. Ella fué empujada delante de la abertura; y los amigos de Jesús, después de haberle sepultado, se retiraron.

Fieles al Maestro hasta en la muerte, las santas mujeres que le seguían no le han abandonado desde su suplicio y su último suspiro. María Magdalena está á la cabeza de ese grupo doliente. Ellas vieron al Señor agonizante y expirante, después desprendido de la cruz y acostado en su tumba. Su dolor y sus lágrimas acompañaban al trabajo fúnebre de José de Arimathea y de Nicodemus. Ellas observaron cómo fué colocado el cuerpo de Jesús, y ellas se han alejado, para preparar al sepultado á quien adoran, otros perfumes y otros aromas.

El día del sábadó, para ellas, se pasó en una tristeza silenciosa.

Pero los pontífices y los Fariseos se agitan.³ Su odio no se

¹ Piedra redonda y aplanada que sirve para moler.

² Mat., XXVII, 59-60, y paral.

³ Mat., XXVI, 62.

inquiétó ya por la víctima. Su muerte le pareció asegurar su triunfo. Ellos no sabían que la muerte no termina nada. No sé mata ni á la idea, ni á la verdad, ni al derecho, ni á la justicia y si aquel que era la encarnación de esas cosas divinas se entregó á la muerte, la muerte no tendrá la última palabra.

Temiendo de parte de los discípulos una intriga, cuya idea no podía venir sino á los hipócritas y á los bellacos, ellos fueron á buscar á Pilatos:—Señor, le dijeron, nos hemos acordado que ese seductor, mientras que vivía, dijo: "Después de tres días, yo resucitaré." Ordena que se guardé su tumba hasta el tercer día, de miedo que sus discípulos nos le roben y hagan creer al pueblo que él resucitó." El error de creer en el Resucitado sería peor que el error de creer en un Hijo del Dios.

Pilatos rehusó:—Vosotros tenéis una guardia les respondió, id á velar vosotros mismos, como lo queréis.

Entonces al irse, ellos cerraron cuidadosamente el sepulcro, pusieron el sello del Sanhedrín sobre la piedra y apostaron á su entrada á sus satélites:

Jesús durmió un instante el sueño de la muerte bajo la guarda de sus propios verdugos:

El día del sábado, para ellas se pasó en una tristes silencio. Pero los pontífices y los Fariseos se agitaron. Su odio no se

El día del sábado, para ellas se pasó en una tristes silencio. Pero los pontífices y los Fariseos se agitaron. Su odio no se

1. En las traducciones y ediciones de esta obra se ha usado el texto de la Vulgata Latina, segun el original de la Biblia de Jerusalen.



La historia de un gran hombre se detiene en la tumba. El entró por la muerte en un mundo invisible que nos está cerrado. Ya no se le ve, ya no se le escucha; no resta de él más su recuerdo, sino sus discípulos, sus doctrinas, sus instituciones, sus obras y la acción secreta de su espíritu inmortal. Pero como el origen de Jesús no se parece al nuestro, su muerte tampoco se parece á nuestra muerte. El sábado llegaba á su fin. Las santas mujeres, las sirvientes fieles de Jesús, llevando al Señor sepultado, no tenían otro pensamiento que honrarle en la muerte. María Magdalena, María, la madre de Santiago, y Salomé, volvieron al Gógotha para ver la tumba. Después de la puesta del sol, ellas compraron perfumes que querían derramar sobre el cuerpo de Jesús.

CAPITULO XII.

JESÚS RESUCITADO.

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gógotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gógotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

Al día siguiente, á la primera hora, antes de la aurora, ellas abandonaron á Bethania, dirigiéndose hacia el Gógotha y llevando los aromas comprados la víspera. En el camino, ellas

1. Mat., XXVIII; Marc., XVI; Luc., XXIV, Juan, XIX, XX, XXI.